

## IDENTIDAD, INDEPENDENCIA Y EQUILIBRIO EN MARTÍ Y BETANCES

Rodolfo Sarracino

Lo que expondré hoy no es un tema concreto objeto de un estudio exhaustivo sino el resultado de observaciones acumuladas en el curso de mi labor como investigador de la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí.

Por experiencia sabemos que debemos cuidarnos de trazar paralelismos que resulten en un mero ejercicio retórico, sobre todo entre figuras de relieve tan notable, separados por períodos considerables de tiempo. Ramón Emeterio Betances nació 26 años antes que José Martí. Y sin embargo en el período en que sus vidas se cruzaron se inició el ascenso del país que hoy asola al mundo, gradual inicialmente, más rápido al final de siglo, hacia la cima del grupo de potencias imperialistas. Son patentes las coincidencias de ambos héroes en el plano de las ideas revolucionarias, lo que no resulta de meras casualidades o fenómenos sin explicación plausible.

Betances, hombre culto, era, como Martí, de una sensibilidad social excepcional. Desde muy pronto en su vida se rebeló contra el flagelo de la esclavitud y después contra todas las injusticias de la sociedad colonial hispana. Martí acompañó avergonzado a los esclavos en sus sufrimientos y sufrió la prisión colonial hispana con sus agravantes de trabajo forzado. Sus cicatrices y aflicciones físicas lo acompañaron hasta el fin de sus días.

Betances se hizo médico en Francia y realizó aportes importantes a la medicina; Martí se graduó de Derecho y Filosofía en España y llegó a ser uno de los escritores más notables de la América Latina en el siglo XIX.

Mucho antes que Martí, Betances, de sólidas convicciones independentistas y profunda identidad antillana, ya luchaba por la independencia de su país y por la

de Cuba. Participó activamente en la Guerra de los Diez Años y después, a pesar de sus años, en la Guerra del 95. Concebía un proceso liberador que suponía la unidad de Puerto Rico, Cuba y de las Antillas para alcanzar la independencia.

Su visión realista se enderezaba hacia la complejidad de la situación internacional. El choque de intereses entre las potencias europeas y unos Estados Unidos que emergían como potencia expansionista le hizo concebir la posibilidad de establecer un equilibrio internacional en torno a las Antillas con países europeos amigos, de lo que convenció con su verbo persuasivo y vehemente a Eugenio María de Hostos. Ambos comprendieron desde muy temprano que las crecientes actividades intervencionistas estadounidenses en el Caribe y Centro y Suramérica significaban un peligro inminente de anexión de todo el Caribe a Estados Unidos y la necesidad de aliados europeos para equilibrar y consolidar el triunfo revolucionario.

En otras palabras, su perspectiva objetiva le hizo comprender que sólo la unidad antillana e incluso de toda América Latina, con la importante contribución de una favorable correlación internacional de fuerzas, podría conducir al éxito de la revolución y a la supervivencia ulterior de las jóvenes repúblicas hispano caribeñas. Y consustancial con ese concepto era el de la necesidad de una confederación antillana. Inicialmente, con la más pura de las intenciones, Betances, y también Hostos, concibieron y apostolaron por una confederación abarcadora de todas las Antillas, pero con el tiempo y las prédicas de Martí comprendieron que aunque con intereses contrapuestos, las potencias europeas, concretamente Inglaterra y Francia, pero sobre todo la primera, podrían sentirse afectadas en sus intereses imperiales en el Caribe y retirar su apoyo potencial a las nacientes repúblicas.

En este sentido el pensamiento de Martí fue siempre equilibrado y objetivo, lo que ha llevado a algunos autores a plantear que Martí llegó algo tarde al concepto de la confederación de las Antillas.

Pero de cualquier manera, es imposible concebir, que Betances no haya influido en el pensamiento unitario antillano e incluso en la aplicación del principio del equilibrio en las relaciones internacionales.

Comienzo por referirme al trabajo indispensable del desaparecido compañero Ramón de Armas, *La vanguardia antillana de la segunda mitad del XIX*, cuya vigencia, por su profundidad y alcance, a más de diez años de su publicación, permanece inalterable. Es lícito habernos preguntado, siguiendo a Ramón de Armas, hasta que punto Betances y Hostos, como líderes revolucionarios antillanos mayores que Martí en edad y experiencia, pudieron influir en su formación en política internacional. Reiteramos que los dos primeros ya sobresalían en sus intensas campañas y acciones revolucionarias cuando Martí era apenas un adolescente. Y se percibe claramente, desde la primera juventud y la estancia posterior de éste en España y México, un probado reconocimiento y respeto por Ramón Emeterio Betances. Ramón de Armas se pregunta cuánto pudo saber Martí de sus escritos y actividades durante su estancia en España, y después en México.

Martí seguramente tuvo en consideración la manera como Betances y Hostos se proponían aplicar el concepto del equilibrio internacional. No es improbable que durante su interinato en la presidencia del Comité Revolucionario de Nueva York en 1880-81, Martí haya tenido acceso a la carta que Hostos enviara a J. M. Mestre en noviembre de 1870, en la que recomendaba a la dirección revolucionaria cubana aplicarlo, cuando Martí apenas tenía 17 años de edad. Hostos aconsejaba a la Junta Revolucionaria de Nueva York, más allá de la lucha por la unidad de América Latina, proclamar simultáneamente la «Confederación de todas las Antillas» y después lograr el «concurso de alguna potencia europea», que a su juicio debían ser Francia o Inglaterra, o ambas, opuestas al engrandecimiento territorial de los Estados Unidos, la primera por principios y la segunda por «intereses económicos y políticos» Esta proposición revelaba un estudio de la contemporaneidad europea potencialmente útil para Cuba. En términos similares

se expresaría Betances cuatro años después. Pero es forzoso reconocer que la *aplicación* del concepto en ese momento era en extremo difícil, tanto por el carácter abarcador de la idea de la Confederación de *todas* las Antillas, no necesariamente coincidente con los intereses coloniales de Francia e Inglaterra, como por la complicada coyuntura internacional, caracterizada en ese momento por la guerra franco prusiana, que imposibilitaba materialmente el envío de un representante revolucionario a París. Y con el ascenso al poder de la República se concretó la política francesa de aproximación estratégica ante el peligro permanente de una Alemania expansionista, poderosa y unificada que podría repetir la debacle de 1870-71.

Puede afirmarse, en fin, que Betances comprendía la conveniencia de contar con amigos europeos para resistir al expansionismo norteamericano: conocían y llamaron la atención de la dirección revolucionaria cubana, en la década del setenta, al concepto del equilibrio internacional, que evidentemente desistió de aplicarla simultáneamente con la Confederación de las Antillas, como Betances y Hostos sugerían. Creemos, a pesar de no contar con la evidencia, que Martí supo interiorizar las experiencias de ambos héroes puertorriqueños e incorporarles las modificaciones que más de veinte años después su tiempo exigía.

Entre la fecha en que Hostos escribió un artículo al respecto en la Revista Científica de Santo Domingo (1884) – en la que al final del artículo, algo a regañadientes, Hostos acepta que si en ese caso la política se sobreponía a la ciencia y la política exigía que se ignorara provisionalmente a Jamaica, pues habría que hacerlo –, y el inicio de la guerra de 1895, había transcurrido una década. Mucho había evolucionado Martí en esos diez años. Su intensa vida revolucionaria, su voraz capacidad de lectura, de análisis y de aprehensión de la historia del Hemisferio y del mundo, y de las complejas relaciones políticas internacionales de su tiempo; la experiencia de la creación exitosa de un partido revolucionario en un período histórico relativamente breve, en medio de las

aggravantes del ascenso de los cercanos Estados Unidos a planos de poder comparables a los de las primeras potencias mundiales, lo habían elevado por aquellos días a niveles descollantes en las Antillas y en la América Latina. Así lo reconoce Eugenio María de Hostos en su artículo *El testamento de Martí*. Incluido en sus *Obras Completas*, cuando, refiriéndose a dicho documento, afirmaba que todas las ideas sobre la Confederación de las Antillas no eran ideas de Martí, sino de la Revolución, y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños, que, “en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación han predicado, razonado y apostolado a favor de la Confederación de las Antillas”; pero esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civilización para las Antillas están expresadas con tan íntima buena fe por el Apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce”.

Dos cosas se destacan en las palabras de Hostos: el líder puertorriqueño reconoce que las ideas de la revolución antillana habían renovado su vigor con la contribución ideológica y le ejecutoria de Martí. Y lo proclama *apóstol de las Antillas*.

Pero aunque nos falten las pruebas decisivas, que estoy seguro algún día aparecerán, es natural suponer que tanto Hostos como Betances, en los años formativos de Martí, fueron fuente de conocimientos para su visión política de las Antillas, y América Latina, como lo fuera también, y es imposible ignorarlo, Simón Bolívar.

Es de lamentar que los límites de tiempo fijados a esta presentación nos impidan referirnos en detalle a cómo Martí siguió sistemáticamente, desde principios de la década del ochenta, en sus crónicas europeas y después norteamericanas, las contradicciones crecientes entre Alemania, Inglaterra y Francia con unos EE UU cada vez más poderosos y arrogantes a escala mundial, tanto en el plano bilateral como en el vasto escenario estratégico del océano Pacífico, como se evidencia en sus dos cartas a los cónsules en Santiago de Cuba de las dos primeras potencias,

pocos días antes de su muerte. Martí pensaba que esas contradicciones podrían intensificarse en nuestro propio hemisferio para, una vez ganada la guerra, contribuir a detener el avance de los EE UU en Puerto Rico y Cuba, donde Inglaterra y Alemania tenían importantes inversiones e intereses económicos y comerciales, y desde luego también en Santo Domingo. Tampoco podemos detenernos en la interacción del entonces, como hoy, fragmentado microcosmo latinoamericano, en el que un México “al que la cercanía le tiene atada las manos”, y Brasil y Argentina, esta última asociada a Inglaterra y con una relativa independencia de los Estados Unidos, pero enfrascada en una lucha por el liderazgo regional con el Brasil republicano aliado a Estados Unidos, que trataba de impedir que Argentina le creara una alianza hispanoamericana contraria a sus intereses.

Creo, finalmente, que lo más significativo es que la documentación alemana y británica del período posterior a 1898 dan la razón a Martí y Betances. Es cierto que en el caso de Alemania se evidencia cierto deterioro en su política exterior, que con el retiro de Bismarck en 1890 y la decisión del Kaiser de asumir personalmente las responsabilidades de su brillante Primer Ministro, careció en lo relativo a las Antillas de objetivos precisos. Pero el gobierno alemán se mostraba previsor cuando admitía la posibilidad del triunfo de las armas revolucionarias. La Diputación de Hamburgo para Comercio y Navegación recogía un plan de Herr Versmann, burgomaestre de Hamburgo para Comercio y Navegación, que el 27 de enero de 1896 indicaba: “La Diputación sugiere que, en caso de que los insurrectos logren separar la isla de España, el *Reich* reconozca el nuevo gobierno mediante la firma previa de un tratado comercial”.

La esencia del documento se correspondía perfectamente con los intereses del equilibrio martiano y habría sido aceptado por Martí, a cuyo llamado Alemania en 1895 suspendió en Oriente sus operaciones de minería de hierro y cobre. Por lo menos hasta 1914 Alemania luchó por su parte del mercado cubano.

En cuanto a Inglaterra, continuó exigiendo, durante todo el período de la neocolonia, y en particular en 1905, su posición comercial histórica en Cuba, hasta que en 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial – y tal vez debido a ella – logró que el gobierno estadounidense aprobara un acuerdo comercial con Cuba que se mantuvo vigente hasta 1973 – longevidad que prueba su efectividad – denunciado por el gobierno inglés por seguir a los EE UU en su política de bloqueo a la Revolución Cubana.

Se evidencia así la objetividad de las observaciones de Martí y Betances sobre la factibilidad de un equilibrio en las Antillas que, de haber sido aplicado consecuentemente por quien lo concibió, habría contribuido a una mayor independencia para Cuba, con resultados significativos para las Antillas, América Latina y el mundo. Y precisamente en los tiempos inciertos que transcurren y aún nos aguardan, tendremos siempre presente el pensamiento de Martí y Betances, no porque hubiese sido concebido con pretensiones proféticas, sino porque brotó de la experiencia de quienes vivieron profundamente inmersos en la realidad del emergente imperialismo norteamericano y concibieron nuevos equilibrios para los pueblos de América Latina y del mundo.

